

III Domingo de Pascua

18 de abril de 2021

- **Hch 3, 13-15. 17-19.** Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos.
- **Sal 4. R.** Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro.
- **1 Jn 2, 1-5a.** Él es víctima de propiciación por nuestros pecados y también por los del mundo entero.
- **Lc 24, 35-48.** Así está escrito: el Mesías padecerá y resucitará de entre los muertos al tercer día.

En aquel tiempo, los discípulos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros».

Pero ellos, aterrizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo».

Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?».

Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos. Y les dijo: «Esto es lo que os dije mientras estaba con vosotros: que era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley de Moisés y en los Profetas y Salmos acerca de mí».

Entonces les abrió el entendimiento para comprender las Escrituras. Y les dijo: «Así está

escrito: el Mesías padecerá, resucitará de entre los muertos al tercer día y en su nombre se proclamará la conversión para el perdón de los pecados a todos los pueblos, comenzando por Jerusalén. Vosotros sois testigos de esto».

(Lucas 24, 35-48)

1. Desde la Palabra de Dios

Después de la manifestación de Jesús resucitado a los discípulos de Emaús y a Simón, el evangelio que proclamamos este domingo nos narra la aparición del Resucitado a los demás discípulos. Con este relato del Resucitado termina Lucas su evangelio, que continuará en el libro de Los Hechos de los Apóstoles.

Los frutos de la resurrección los describen unánimemente los cuatro evangelistas: ausencia del miedo, presencia de paz y alegría, apertura de la inteligencia para entender la Palabra, creer en un Mesías maltratado, crucificado y resucitado, donación del Espíritu, compartir la Palabra y la Eucaristía, envío a la misión, ser testigos de la Vida recibida.

En la realidad de la vida, en la tristeza por la muerte del Amigo, cuando menos lo esperan, el Resucitado se presenta a los Once, abatidos y desesperanzados, sin saber qué rumbo dar a su vida. Jesús Resucitado no es un fantasma. La fe no cree en ilusiones ni en apariciones ni en revelaciones raras. La fe se apoya en la Roca firme, incommovible, que es Jesús Resucitado. Como escuchábamos la semana pasada de la mano de San Juan, la aparición comienza con el saludo ritual: «paz a vosotros» (v. 36).

Jesús saluda y trasmite la paz, que es la síntesis de todos los bienes, de las bendiciones de Dios. Jesús quita del corazón todos los miedos. Cuando Él está ausente, nos vienen los miedos y los espantos. En la

liturgia de la Eucaristía, también recibimos y damos la paz, como signo de reconciliación entre los hermanos que celebran el misterio del perdón y del amor de Dios, manifestado en la muerte y resurrección de Jesús.

Otro fruto del encuentro con el Resucitado es que «les abrió el entendimiento» (v. 45). Como a los de Emaús, Jesús Resucitado explica las Escrituras a los discípulos reunidos, para entender el misterio de la entrega hasta la muerte del Mesías. ¡Un Mesías crucificado! Ésta es la gran sabiduría del Evangelio. Pablo lo vivió en sí mismo este modo de comprender el misterio de la cruz, escándalo para los judíos y locura para los paganos. En cambio, para los que han sido llamados, sean judíos o griegos, se trata de un Cristo que es fuerza y sabiduría de Dios (1 Cor 1, 23-24). ¿Tenemos abierta nuestra conciencia para vivir así el misterio del sufrimiento, de la enfermedad y de la muerte?

Después de ser llamados para vivir en comunidad con Jesús y con los otros discípulos, después de haberse iniciado en el misterio del Mesías, muerto y resucitado, viviendo la experiencia del encuentro con el Resucitado, después de ser transformados por el Espíritu de Amor, los discípulos reciben la misión: «vosotros sois testigos de esto» (v. 48), son —somos— constituidos en testigos de la propia experiencia de intimidad con el Resucitado.

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el centro de este tercer domingo de Pascua está la experiencia del Resucitado hecha por sus discípulos, todos juntos. Eso se evidencia especialmente en el Evangelio que nos introduce de nuevo otra vez en el Cenáculo, donde Jesús se manifiesta a los apóstoles, dirigiéndoles este saludo: «La paz con vosotros»

(Lucas, 24, 36). Es el saludo del Cristo Resucitado, que nos da la paz: «La paz con vosotros». Se trata tanto de la paz interior, como de la paz que se establece en las relaciones entre las personas. El episodio contado por el evangelista Lucas insiste mucho en el realismo de la Resurrección. Jesús no es un fantasma. De hecho, no se trata de una aparición del alma de Jesús, sino de su presencia real con el cuerpo resucitado.

Jesús se da cuenta de que los apóstoles están desconcertados al verlo porque la realidad de la Resurrección es inconcebible para ellos. Creen que están viendo un espíritu pero Jesús resucitado no es un espíritu, es un hombre con cuerpo y alma. Por eso, para convencerlos, les dice: «Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (v. 39). Y puesto que esto parece no servir para vencer la incredulidad de los discípulos, el Evangelio dice también una cosa interesante: era tanta la alegría que tenían dentro que esta alegría no podían creerla: «¡No puede ser! ¡No puede ser así! ¡Tanta alegría no es posible!». Y Jesús, para convencerles, les dice: «¿Tenéis aquí algo de comer?» (v. 41). Ellos le ofrecen un pez asado; Jesús lo toma y lo come frente a ellos, para convencerles.

La insistencia de Jesús en la realidad de su Resurrección ilumina la perspectiva cristiana sobre el cuerpo: el cuerpo no es un obstáculo o una prisión del alma. El cuerpo está creado por Dios y el hombre no está completo sino es una unión de cuerpo y alma. Jesús, que venció a la muerte y resucitó en cuerpo y alma, nos hace entender que debemos tener una idea positiva de nuestro cuerpo. Este puede convertirse en una ocasión o en un instrumento de pecado, pero el pecado no está provocado por el cuerpo, sino por nuestra debilidad moral. El cuerpo es un regalo maravilloso de Dios,

destinado, en unión con el alma, a expresar plenamente la imagen y semejanza de Él. Por lo tanto, estamos llamados a tener un gran respeto y cuidado de nuestro cuerpo y el de los demás. Cada ofensa o herida o violencia al cuerpo de nuestro prójimo, es un ultraje a Dios creador. Mi pensamiento va, en particular para los niños, las mujeres, los ancianos maltratados en el cuerpo.

En la carne de estas personas encontramos el cuerpo de Cristo. Cristo herido, burlado, calumniado, humillado, flagelado, crucificado... Jesús nos ha enseñado el amor. Un amor que, en su Resurrección demostró ser más poderoso que el pecado y que la muerte, y quiere salvar a todos aquellos que experimentan en su propio cuerpo las esclavitudes de nuestros tiempos. En un mundo donde prevalece la prepotencia contra los más débiles y el materialismo que sofoca el espíritu, el Evangelio de hoy nos llama a ser personas capaces de mirar profundamente, llenas de asombro y gran alegría por haber encontrado al Señor resucitado. Nos llama a ser personas que saben recoger y valorar la novedad de vida que Él siembra en la historia, para orientarla hacia los cielos nuevos y la tierra nueva. Que nos sostenga en este camino la Virgen María, a cuya materna intercesión nos encomendamos con confianza.

Papa Francisco. 15/04/2018

3. Desde el fondo del alma

La noche de la cruz se ha iluminado para siempre
Jesús, hermano, amigo, Señor.

Nuestra débil historia de mujeres y hombres
a menudo desconcertados, se ha llenado de luz.

Nos has amado, Jesús,

hasta morir en una muerte indigna;

pero ese amor tuyo, pleno, total, definitivo,
ha abierto las puertas de la vida para siempre.

En todas partes, Jesús,
en las personas, en los acontecimientos,
podemos descubrir la fuerza luminosa de tu vida.
Y por eso ahora, al celebrar tu resurrección,
afirmamos con todo vigor nuestra fe en ti:

Tú eres el Hijo de Dios,
Tú eres el enviado del Padre para salvarnos,
Tú nos llenas de tu mismo Espíritu,
a nosotros, a toda la Iglesia,
y a todos los hombres y mujeres del mundo
entero.

Es Pascua, Jesús, hermano, amigo, Señor.
Es Pascua, y tu vida es vida para toda la
humanidad.